

LOS QUESOS DE WISCONSIN Y LA POLITICA

WASHINGTON (CRONICA DE NUESTRA CORRESPONSAL). — Yo suelo comprar mis provisiones en un mercado grande de crono-
acero y cristal; uno de esos mercados que uno recorre con su carrito y va cogiendo las provisiones extendidas en los asépticos mostradores.

No obstante estar todo a la vista, de cuando en cuando la memoria falta, y como el mercado está relativamente lejos, suelo dirigirme a una tienda pequeña de ultramarinos que aquí llaman "delicatessen", y pronuncian esta palabra con acento alemán. Las "delicatessen" son, por supuesto, mucho más caras que los mercados, y se mantienen especialmente vendiendo a los muy ricos, a los perezosos y a los desmemoriados.

Ayer entré yo en una "delicatessen" y pedí media libra de queso.

—¿De qué clase? — me preguntó el tendero.

—De Wisconsin — contesté yo.

Me miró sospechosamente como buscando una razón política en mi inocente contestación y mientras lo cortaba me dijo:

—Creo que no va a seguir tomando mucho tiempo queso de Wisconsin.

—¿Por qué? — dije yo. — Si es el mejor queso americano, casi diría que no quisiera herir a los demás Estados productores de quesos, que Wisconsin es el único que hace quesos "potables".

—Razones políticas — me contestó, enrojeciéndose de hom-
bros. — Si se echan a Mc Carthy los de Wisconsin no podrán vender su queso.

—Pero eso les perjudicará — dije, recordando cuán importante es la industria de quesos en el Estado.

—Pues que echen a Mc Carthy.

Y el tendero se volvió hacia otro cliente que también pidió queso... suizo.

Sali de la tienda dando vueltas a lo del boicot de quesos y las representaciones que podrá traer en Wisconsin si los comerciantes de éste lo llevan a cabo; si al boicot de los quesos se une la de la cerveza de Milwaukee "La cerveza que hizo a Milwaukee famoso", como reza el "slogan", no cabe duda de que pueden quebrantar la economía de este húchico Estado en donde nació hace poco más de cuarenta años, un chico llamado Joseph Joe Mc Carthy nombre tan vulgar como Pérez.

Hoy muchas formas de arruinar a un político como Mc Carthy. Puede desacreditarse según han intentado hacer hasta ahora: puede considerarse públicamente en el Senado; puede atacarse por medio de los órganos de opinión pública, pero el "boicot" al producto básico de su Estado es el procedimiento más curioso.

Todavía no se sabe si el "boicot" de los quesos de Wisconsin podrá ser llevado a cabo, y menos aún si con él se logrará destruir al senador Mc Carthy, pero es evidente que existen círculos en este país que, mientras dicen profesar la democracia y se llaman a sí mismos liberales, usan unos procedimientos para combatir a sus enemigos que tienen de todo menos de liberalismo y de democracia.

Se ha contado mucho aquí (y yo he oído repetir en círculos de ideologías diversas) cómo en el tiempo de la guerra civil española la prensa neoyorquina se volvió casi unánimemente en favor de la causa republicana.

Según dicen, hubo un periódico, posiblemente el "Journal American" de la cadena de William Randolph Hearst, que comenzó a publicar unos artículos favorables para el Generalísimo Franco, y la España nacional.

Varios representantes (en algunas partes he oído decir que cuatro en otras que cinco, en otras que mas de seis), de los grandes almacenes de Nueva York se pusieron de acuerdo para presentar este ultimátum al director:

—O ustedes paran inmediatamente esos artículos, o nosotros les retiramos nuestros anuncios.

La pérdida de tales anuncios podía suponer la ruina. El periódico neoyorquino dejó de publicar los artículos.

MARIA VICTORIA ARMESTO

España y EE. UU. tienen un enemigo común...

(Pasa a la última pág.)

En los Estados Unidos necesitamos conocer más sobre Cervantes y Fa-
lla, sobre Goya y el Greco, sobre Jaime Balme y el Generalísimo Franco, y los españoles, por su parte, deben saber sobre los com-
positores Gershwin y Menotti, sobre Jorge Washington, Lincoln y el Presidente Eisenhower, sobre ju-
ristas como Ames, Marshall y escri-
toras como Hemingway, Pearl Buck y Faulkner. Un acuerdo comen-
cialmente recíproco encendería una mayor conciencia y amistad. En-
tonces reconoceremos más fácilmente las virtudes de cada uno y dare-
mos menos importancia a los de-
fectos. Debemos descubrir los ve-
lados y telones para ponernos a ve-
luz unos y otros.

Una manera eficaz de construir un puente más sólido entre nos-
otros, sería la modificación de las leyes de inmigración de los Estados Unidos, en lo que atañe a España.

En la actualidad, el contingente de emigrantes españoles a los Estados Unidos, no pasa de 250 al año. Esta pequeña cifra no responde a la reali-
dad y es injusta. Sobre nuestros consulados cae un diluvio de mil-
lares de solicitudes de personas que desean marchar a los Estados Uni-
dos. Dichas solicitudes nunca pue-
den ser tramitadas hasta el final, porque lo impide el exiguo cupo

concedido y habrán de esperar años y años, y es posible que lle-
gado el momento que las solici-
tudes han alcanzado número con-
tra el cual los solicitantes hayan for-
tificado tal situación anómala de-
be ser modificada, de lo contrario, puede crear una mala voluntad la-
tente y nosotros debemos propor-
cionar un ambiente de buena vo-
luntad.

España es un país fundamen-
talmente agrícola, pero su suelo cul-
tible es de extensión limitada. Su-
fre períodos de sequía, apenas dis-
pone de tierras suficientemente
productivas para todos. En conse-
cuencia el número de españoles
que tienen que buscar su media de
vida y de fortuna en otros climas.
Unos españoles se dirigen a la Ar-
gentina, otros a Brasil o Venezuela.
Son muchos los que desean ir a
los Estados Unidos, pero no pueden.
El pequeño contingente de inmi-
gración lo impide. Cuando vuelva
a los Estados Unidos y me reinten-
gre a mi pueblo, he oído el control do-
méstico de la Cámara de Repre-
sentantes, como presidente de la
Comisión Judicial, proponer la
modificación de la ley para dar sa-
tisfacción a la creciente demanda
de individuos de nacionalidad espa-
ñola que aspiran a marchar a los
Estados Unidos como inmigrantes.
Los españoles llegan a ser buenos

ciudadanos americanos. Últimamente
la mayor parte de los españoles
que marcharon a los Estados Uni-
dos eran pacíficos. Necesitamos las
culturas, los refinamientos y las
costumbres que todos los españoles
pueden aportar. Estos inmigrantes,
contribuyen a enriquecer la lengua
existente entre nosotros. La corres-
pondencia que marchen con los
pacíficos, serios, queridos y amigos
que dicen en la patria, sirven para
explicar a los que quedan en este
lado del Atlántico lo que realmente
son los Estados Unidos y a su vez
nos dicen en los Estados Unidos lo
que es España en realidad. Y al
tiempo que tienen la posibilidad de
enviar dólares, ganados con su tra-
bajo a los padres, a los hijos,
aprenden los métodos de nuestra
economía, nuestras técnicas y son
muchos los que vuelven a España
para aplicar las artes y las técni-
cas recientemente adquiridas, con-
tribuyendo así al fomento de la
ciencia y de la industria espa-
ñola.

Es interesante observar que en
nuestros Estados de California, Tex-
as, Nuevo México y Arizona, se-
ñalos muchos millones de americanos
que hablan español. En la ciudad
de Nueva York, hay más de 250,000
participantes. En muchas ciudades
de la ciudad puede escucharse su
lenguaje, según. Trázanlos, una
prensa y cine español, escuelas de
y proyectos en esa misma ciudad
de Nueva York. En ella, se ven
desaparecidos el idioma de "buenos
días" para todos los españoles.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

—Eso.

Mujeres en misión secreta

(I).-El mayor error del jefe del espionaje soviético en Tokio.
Se enamoró de la fascinadora bailarina Kalagayachi Donovan

Por WICHMEN STARK

No había la menor duda

de que aquel hombre

que una noche del

mes de enero de 1941 paseaba

ante la puerta del escenario del

teatro Larzakazuka, de Tokio,

esperaba a una de las artistas.

Era alrededor de las once de

la noche. La mayoría de los

artistas habían abandonado el

teatro cuando, de repente, una

mujer joven salió por aquella

puerta y se quedó parada un

momento, como si esperara un

coche. El hombre que aguarda-

ba, se dirigió a ella.

—¿Qué estás haciendo, por fa-

vor — dijo, alargándole un ra-

mo que llevaba preparado.

Es preciso evitar sospechas. La

acompañaré a Vd. un rato, y en

seguida me despistaré. Ya no

veremos después, ¿le pa-

rece bien?

—Sí, perfecto.

—Siento que Vd. tenga que

entretenerse esta noche con

unos señores pero la cosa no

puede ser aplazada. Se trata

de una conversación importante

con algunos miembros de

la policía exterior. La espera a Vd.

quieren pedirle su ayuda.

Dentro de media hora conocerá

los detalles. Aquí tiene la

dirección y le ruego sea pun-

tual. Este es mi carnet, por si

fuera necesario.

Cosa extraña, la mujer com-

prendió enseguida. Directo su

mano al caballero, hizo un

gesto afirmativo y subió a un

taxi. Nadie hubiera sospechado

nada aunque hubiera observado

la pareja. No es extraño que

una artista de variedades char-

le con un desconocido que le

ofrece un ramo de flores.

Pero la realidad fue que, en

aquel instante, comenzó la ca-

za de un hombre. De un hom-

bre que, por rara coincidencia

en aquellos momentos se en-

contraba a cien pasos escasos de

aquel lugar, en el bar del ho-

tel Imperial, bebendo un

whisky doble. Era de mediana

estatura y de rostro curti-

do por el viento. Vestía un

traje de buen corte y parecía

encontrarse en un ambiente ha-

bitual. El "harman", que pa-

recía conocerlo bien, le estaba

diciendo:

—¿Ha estado Vd. ya en el Te-

atro Takarazuka, doctor? Creo

que se trata de una buena re-

presentación.

—Excelente, podemos de-

cir. Sobre todo una de las

bailarinas. Dices que viene de

San Francisco. Debe tener una

mezcla de sangre. Tiene algo

de americana, de rusa, hasta

puede ser que algo de alema-

ña y desde luego bastante de

japonesa.

—Ya he oído decir eso a

otros caballeros. Su apellido es

netamente americano: Donovan,

o algo así. Pero su nombre es

japonés: Kalagayachi.

—Desde luego es una mujer

que llama la atención.

—Y se dice que es inacesi-

ble.

—Eso no es posible — contra-

dió el cliente. Esta clase de

mujeres son todas iguales. En

mi opinión, no es más que una

vulgar aventurera. Exigente y

minada. Sirvame otro whisky

doble. Aún tengo trabajo.

UN PELIGROSO "DON JUAN"

El hombre era conocido en el

bar del hotel desde hacía cer-

ca de seis años. Controlaba dos

períodos: uno alemán y otro

holandés. Era soltero, tenía fa-

ma de conquistador y era ad-

mitido en la buena sociedad de

la capital japonesa. El Dr. Ri-

tsu, que este era el nombre del

caballero, era inva-

do hasta a las fiestas que se

celebraban en el hotel, y que se

apoyaba por Rusia. La pequeña

Tomo Sam que amaba a su

emperador como buena japone-

sa, prestó atención a lo que

le decía, y fingió de-

jarse convencer por las ideas

que se le presentaban. Pero, al

dia siguiente, dejó su trabajo

en los "Almacenes Takashima-

ya" y se dirigió a la policía.

Esta vez se dirigió a la policía

de Servicio Secreto y la modis-
ta se sentó en el mismo sillón

que entonces ocupaba la seño-
rita Kalagayachi.

—El informe de la muchacha

—continué explicando el fun-

cionamiento — en el primer

momento no nos pareció digno

de crédito pero, a pesar de ello,

lo investigamos. No podíamos

detener a nadie porque esto

hubiera puesto sobre aviso al

resto de los complicados y por

tal motivo dejamos en libertad

a Ito Ritsui, pero le hicimos

seguir. Acostumbraba a comer

en un restaurante confortable

que era frecuentado por euro-

peos pudientes. El jefe de ca-

mareros había servido en la

guerra de 1914-18 en el ejér-

cito japonés, como oficial de

Estado Mayor. El "harman" era

un maquinista naval alemán.

Los restantes empleados eran

de Vladivostok, Mukden o Char-

bin. También observamos a los

clientes: entre ellos se conta-

ba al Dr. Richard Sorge. Este

es el informe que hizo nuestras

sospechas.

LA REUNION SECRETA

Dos de los tres hombres pa-

recían limitarse a ser simples

oyentes. El tercero, regordete,

de mediana estatura y con

gruesos lentes tras los que bri-

llaba una mirada amistosa, era

el jefe del servicio de espiona-

je.

—Sabemos, por diversas fuen-

tes que podemos confiar en Vd.

—comenzó diciendo. Sentimos

mucho tenerle que confiar una